

RAFAEL RODRÍGUEZ MARÍN

LA LENGUA COMO ELEMENTO CARACTERIZADOR
EN LAS
NOVELAS ESPAÑOLAS CONTEMPORÁNEAS
DE
GALDÓS

(PRÓLOGO DE MANUEL SECO)



SECRETARIADO DE PUBLICACIONES
E INTERCAMBIO CIENTÍFICO
UNIVERSIDAD DE VALLADOLID

ÍNDICE

PRÓLOGO DE MANUEL SECO.....	9
INTRODUCCIÓN: GALDÓS Y SUS IDEAS SOBRE EL LENGUAJE NARRATIVO.....	21
1. GALDÓS, NARRADOR DIALECTAL.....	33
1.1. Representaciones literarias hispánicas de la variación diatópica.....	33
1.2. Canarismos en Galdós.....	35
1.3. Rasgos del catalán.....	38
1.4. Andalucismos.....	39
2. LA SOCIOLOGÍA DEL LENGUAJE SEGÚN GALDÓS.....	43
2.1. Plasmaciones literarias de la variación diastrática.....	43
2.2. El lenguaje de las clases acomodadas en Galdós: los extranjerismos.....	50
2.2.1. Galicismos.....	52
2.2.2. Anglicismos.....	65
2.2.3. Italianismos.....	71
2.2.4. Aristocracia y plebeyismo.....	73
2.3. Representaciones del nivel culto.....	76
2.3.1. Latinismos.....	77
2.3.2. Lenguaje científico.....	81
2.3.3. Los tópicos.....	82
2.4. El lenguaje de las clases bajas.....	90
2.4.1. Declaraciones sobre el lenguaje vulgar.....	92
2.4.2. Rasgos del lenguaje vulgar.....	95
2.4.2.1. Nivel fónico.....	96
2.4.2.2. Nivel morfosintáctico.....	108
2.4.2.3. Nivel léxico-semántico.....	112
2.4.3. Final: juicios acerca de los usos vulgares en la novelística galdosiana.....	121
2.5. El habla infantil.....	125
2.6. El habla femenina.....	129
2.7. El habla de los enfermos.....	131

3. GALDÓS, GRAN MAESTRO EN EL USO DEL REGISTRO COLOQUIAL	135
3.1. El uso literario de la variación diafásica.....	135
3.2. El coloquialismo narrativo galdosiano: textos de clarativos	138
3.3. Manifestaciones directas.....	141
3.3.1. Rasgos del nivel fónico.....	142
3.3.2. Rasgos del nivel morfosintáctico	142
3.3.3. Nivel léxico-semántico.....	145
3.4. Final	146
4. ÚLTIMA APROXIMACIÓN: LENGUAJE Y PERSONAJE EN GALDÓS.....	149
4.1. El tratamiento lingüístico de los personajes literarios.....	149
4.2. Bocetos lingüísticos galdosianos	151
4.3. Retratos lingüísticos monocordes	154
4.3.1. Vulgarismos y extranjerismos.....	154
4.3.2. La muletilla	155
4.3.3. Caricaturas verbales	158
4.3.4. Lenguajes especializados.....	160
4.4. Retratos verbales complejos	162
4.4.1. Víctor Cadalso	162
4.4.2. Doña Francisca Juárez	163
4.4.3. Frasquito Ponte	164
4.4.4. Juliana	165
4.4.5. La <i>señá</i> Benina.....	166
4.4.6. Mauricia <i>la Dura</i>	166
4.4.7. Almudena.....	167
4.5. Tránsfugas lingüísticos.....	170
4.5.1. Tránsfugas en boceto	171
4.5.2. Tránsfugas "descendientes": Isidora Rufete	172
4.5.3. Retratos complejos de tránsfugas: Fortunata	175
4.5.4. Torquemada.....	181
5. BIBLIOGRAFÍA.....	189
5.1. Ediciones utilizadas de las novelas que constituyen el repertorio básico.....	189
5.2. Otras ediciones consultadas de las mismas obras	189
5.3. Otras obras literarias consultadas	190
5.4. Estudios generales y específicos. Repertorios lexicográficos.....	190
ÍNDICE DE PALABRAS ANALIZADAS	203

PRÓLOGO

"Este hombre –decía de Galdós Azorín en 1912– ha revelado España a los ojos de los españoles que la desconocían." Muy cierto. Pero, si mucho de esa revelación se ha realizado haciéndoles poner el pie en sus tierras y su historia, mucho también se ha producido mostrándoles, desde una ventana, el alma o las almas de que está hecha la humanidad de este rincón de Europa.

Esa ventana es Madrid. La porción más importante de la obra de Galdós –las *Novelas españolas contemporáneas*–, y, dentro de ella, la parte –para mí y para muchos– más sustancial, se desarrolla en Madrid, y gente de Madrid son todos los habitantes de esas novelas. Igual que en la realidad, muchos de los que en ellas pululan son verdaderos hijos de Madrid, pero también hay muchos que no lo son. Esto no quita que todos sean "madrileños", en el sentido tradicional y acogedor de moradores de la capital. Incluso el "moro" Almudena.

Madrileño fue también el canario Galdós, y en grado conspicuo: no solo porque vivió dos tercios de su vida en la capital, sino porque *quiso ser* madrileño. Fue mucho más madrileño que muchos que lo somos de nacimiento y estirpe. Amó y estudió a la ciudad, y siempre profundizó en ese amor y ese estudio, tanto respecto a sus calles y sus recodos como respecto a sus gentes, a todas sus gentes. En su conocida conferencia sobre Madrid, en 1915, habla de sus "frecuentes novillos" en la Universidad, "movido de un recóndito afán [...]. No podía resistir la tentación de lanzarme a las calles en busca de una cátedra o enseñanza más amplias que las universitarias: las aulas de la vida urbana". En los barrios bajos, "el que os habla, fugitivo de la Universidad, ha hecho un año y otro, con buenas notas, cursos de Literatura práctica y aun de Psicología experimental [...]. Los cursos de Derecho mercantil comparado los he hecho en la Plaza de la Cebada, café de Naranjeros, y los gané pisando tronchos de berza y cáscaras de fruta".

Por eso estaba en lo cierto Clarín: "Para mí Galdós es... madrileño. [...] Este poeta que ha *cantado* al mismísimo arroyo Abroñigal, y que se queda extasiado –yo lo he visto– ante el panorama que se observa desde las Vistillas; que cree grandioso el Guadarrama nevado (como don Francisco Giner)..., jamás ha escrito nada que pueda hablarnos de los paisajes de su patria [canaria]. [...] La patria de este artista es Madrid; lo es por adopción, por tendencia de su carácter estético, y hasta me parece... por agradecimiento. Él es el primer novelista de verdad, entre los modernos, que ha sacado de la corte de España un venero de observación y de materia romancesca, en el sentido propiamente realista, como tantos otros lo han sacado de París, por ejemplo. Es el primero y hasta ahora el único. A Madrid debe Galdós sus mejores cuadros, y muchas de sus mejores escenas y aun muchos de sus mejores personajes".

Para Galdós, Madrid fue el pequeño universo en que se condensaba España. Pequeño, pero suficiente para servir de escenario a las vidas, las pasiones y las angustias de toda una sociedad y una época. Hasta tal punto tuvo fijado ese escenario en su mente creadora que, como anotó Sainz de Robles, la ciudad imaginaria donde se desarrolla su novela última, *La razón de la sinrazón*, lleva en su nombre un eco de Madrid: *Ursaria*.

La observación del vivir madrileño en todos sus estratos sociales era en realidad la observación del vivir español. La salud, la fuerza o la debilidad del organismo entero eran diagnosticadas a través de los latidos del corazón. Pero el examen de este se llevaba a cabo con minuciosidad exhaustiva. Y la potente lupa que seguía paso a paso las vicisitudes íntimas de un carácter individual en su relación con otros, dentro de una ciudad concreta, en un medio limitado y en un tiempo preciso, nos daba la imagen y el entendimiento de un universo español.

La hondura humana que nos descubre Galdós al trazar sus criaturas es resultado de un magistral dominio del arte de la palabra: del arte narrativo y descriptivo, por supuesto; pero además, sobre todo, del arte de la palabra hablada. El mismo Galdós decía en el prólogo de *El abuelo*: "El sistema dialogal [...] nos da la forja expedita y concreta de los caracteres. Estos se hacen, se componen, imitan más fácilmente, digámoslo así, a los seres vivos, cuando manifiestan su textura moral con su propia palabra, y con ella, como en la vida, nos dan el relieve más o menos hondo y firme de sus acciones. La palabra del autor, narrando y describiendo, no tiene, en términos generales, tanta eficacia, ni da tan directamente la impresión de la verdad espiritual. Siempre es una referencia, algo como la historia, que nos cuenta los acontecimientos y nos traza retratos y escenas. Con la virtud misteriosa del diálogo parece que vemos y oímos, sin mediación extraña, el suceso y sus actores, y nos olvidamos más fácilmente del artista oculto que nos ofrece una ingeniosa imitación de la Naturaleza".

Aunque el diálogo, por sí mismo, no es la verdadera palabra hablada, sin duda es su vehículo natural. Por otra parte, la palabra hablada no se registra necesariamente, en la obra literaria, a través de la forma dialogal. Pero lo cierto es que, tanto en la voz de los personajes como en la del mismo narrador, Galdós da vida y verdad a las personas ficticias de ese pequeño mundo de Madrid/España, por medio de la palabra hablada.

Y ese es, justamente, el tema de este libro de Rafael Rodríguez Marín. No es, desde luego, la primera vez que un estudioso se adentra en una indagación tan apasionante como la del lenguaje galdosiano, y en particular en la de su lenguaje coloquial. Algunos lo han hecho con admirable penetración, y gracias a ellos nuestra comprensión del novelista se ha enriquecido en forma considerable. Ahora bien, esas inteligentes aproximaciones –con buen sentido– han enfocado su mirada en una meta limitada: un personaje, o una obra, o un recurso expresivo. Hoy, por primera vez, el trabajo de Rafael Rodríguez Marín opera sobre un corpus amplio, el sector más significativo de las *Novelas españolas contemporáneas* –trece obras de las veinticuatro que constituyen el grupo–, y desmenuza todo el tesoro de lengua hablada que en él se encierra para considerarlo, pieza por pieza, a la luz de su función caracterizadora de una sociedad, de unos tipos y de unos personajes.

La decisión de avanzar más allá del terreno antes explorado, de profundizar en un campo tan lleno de hechizo como la lengua de Galdós –"su obra de arte suprema", como

dijo Unamuno- ha sido el primer acierto de Rodríguez Marín. Una decisión valerosa por dos razones. Una, porque exigía empezar revisando y sopesando todo lo ya publicado, cientos de trabajos, "un gigantesco e incompleto rompecabezas" donde además frecuentemente se hacen borrosos los límites entre el estudio lingüístico y el literario. El tender un hilo de Ariadna a través de todo ese entramado, haciendo que los árboles dejasen ver el bosque y alcanzando una interpretación coherente, ya hubiera sido, por sí sola, labor merecedora de aplauso y gratitud. Pero la operación no ha quedado ahí. Porque la segunda razón que acredita la valentía de la empresa es el haberse propuesto dar un paso más en el examen de la lengua coloquial galdosiana, a conciencia de lo mucho ya logrado por otros - que Rodríguez Marín cita y calibra constante y atinadamente-, algunos de ellos con justicia reconocidos como clásicos en la exégesis lingüística del novelista dentro de la copiosa bibliografía por él suscitada.

La meta de todo este esfuerzo es muy precisa: determinar cuál es la función del lenguaje coloquial dentro de la serie más madura y perfecta de las obras del escritor. Para ello, la indagación de Rodríguez Marín procede por sucesivas aproximaciones: comienza por la variación verbal diatópica, sigue con la variación diastrática y concluye con la diafásica.

La variación diatópica, que tan prominente lugar ocupó en la novela realista española del siglo XIX, no funciona en Galdós exactamente igual que en otros miembros de su generación. Si en ellos es principalmente una nota de color local, en él esta nota solo ocurre en ocasiones contadas -en su caso, color local madrileño-; por ejemplo, en las voces más o menos anónimas *de ambiente* en la visita de Jacinta con Guillermina al "cuarto estado". Lo normal en Galdós es que la variedad geográfica no madrileña aparezca como una pincelada más de las que integran una determinada figura. Ahora bien, esa pincelada suele ser pálida, por el escaso relieve intrínseco de los personajes a quienes se aplica. Esto ocurre con los contados casos de catalanismo; menos, con los de andalucismo, pues este factor forma parte de fisonomías de cierta entidad, como la de Víctor Cadalso o la de doña Francisca Juárez.

Curiosamente, la presencia del andalucismo se da también en algunos parlamentos galdosianos no andaluces, sino de madrileño popular. Aunque este trasplante andaluz-madrileño ha sido tachado de inexacto y excesivo, pienso que, si andaba algo desenfocada la visión de Galdós, sería en la *forma*, no en la *tendencia*, ya que ese nivel del habla madrileña siempre ha tenido un componente meridional, que sin duda fue más acusado en los últimos decenios del XIX y principios del XX que en épocas más próximas a nosotros, según se puede deducir del testimonio -aun descontando sus dosis de exageración y caricatura- de la poesía y el teatro madrileñista de aquellos años (Ricardo de la Vega, Celso Lucio, José López Silva, etc.). Más certero es el retrato del hablar madrileño en otra figura, Juliana, compañera de novela de la última dama citada, y que, como muy bien señala Rodríguez Marín, no desmerecería, incluso en su carácter, al lado de más de una heroína posterior de Carlos Arniches.

El extenso capítulo segundo del libro se dedica a la variación diastrática. Tres niveles estudia separadamente Rodríguez Marín: el de las clases acomodadas, el culto y el de las clases humildes. El habla elegante tiene como carácter más vistoso la presencia de voces y locuciones extranjeras, especialmente francesas, dentro de las cuales el investigador hace

notar la sutil diferencia dibujada por Galdós entre el habla de la persona auténticamente refinada y la advenediza. (Claro está que el galicismo, aparte de esta función, es un caracterizador de quienes en su discurso traicionan una larga permanencia en Francia, como en la figura, tan lograda lingüísticamente, de Aurora Samaniego.) El novelista nos hace ver, sin embargo, que el galicismo es, en la clase alta, algo más que una "tonalidad" lingüística; es un síntoma más, aunque importante, de un gusto general por lo francés: el galicismo social. Actitud vital que anticipa lo que, medio siglo más tarde, anotará Emilio Lorenzo respecto al peso del anglicismo, lingüístico y social, en la vida de los españoles.

No podía Galdós dejar de reflejar una característica inveterada de la buena sociedad: el gusto por acercarse al pueblo en la adopción de algunos de sus modos, manifiesta en especial en el uso de recursos expresivos propios de la gente de baja condición. "Para Galdós -recuerda Rodríguez Marín-, uno de los extremos característicos de la vida en Madrid es su capacidad de mezcla, demostrada, entre otras cosas, a través de la lengua." Esta particularidad aparece, sin embargo, en nuestro novelista más frecuentemente comentada que mostrada, aunque no falten fugaces ejemplos tan gráficos como los gitanismos de Juanito Santa Cruz. De hecho, es un fenómeno urbano de flujo y reflujo: en la vida real, el plebeyismo lingüístico del señorito tiene su reciprocidad en el cultismo, tan a menudo socarrón, que colorea la parla popular de Madrid.

En cuanto al nivel culto, la función caracterizadora de grupo campea principalmente, a través del análisis de Rodríguez Marín, en varias modalidades de expresión. La más elemental es la presencia de palabras y frases latinas en clérigos u otras personas relacionadas con la Iglesia. Por otro lado, el léxico hiperculto es una nota eficaz para retratar con risueño realismo a personajes en avanzado estado de pedantería. Y tanto el latín como la expresión pedantesca se unen a menudo, en el uso irónico del propio novelista, a la presencia de términos del lenguaje científico, no pocas veces deformados humorísticamente por él mismo o por cuenta de un tipo no mal representado en estas novelas: los estudiantes.

Los tópicos son un terreno en que la malicia satírica de Galdós *raya a gran altura* (por hacer uso de uno de ellos), y a ellos -por otra parte, ya objeto de atención de anteriores investigadores- dedica Rodríguez Marín muy interesantes páginas. La fina burla de Galdós ante los lugares comunes solo tiene par en la de su amigo Clarín, a quien, tras la publicación de *La Regenta*, el novelista de Madrid había manifestado en carta su propósito de "robarle" este método. Tópicos de la oratoria política, de la prosa administrativa, de la literatura, de la prensa, puestos en la picota del ridículo por el novelista, aparecen catalogados y comentados, en toda su riqueza y en todo su sabor, en este apartado del libro. Una y otra vez, la voz del escritor y la de sus criaturas rivalizan en el empleo del lugar común -naturalmente, desde perspectivas distintas: él con comicidad *subjetiva*, ellas con comicidad *objetiva*-.

A la representación del lenguaje de la clase popular se aplicó Galdós con particular amor y estudio. Rodríguez Marín empieza reproduciendo una preciosa "poética" del novelista: "El verdadero maestro del hablar es el pueblo [...]. Yo haría una Gramática en la que, además de aquel famoso «hemos o habemos» de los antiguos *Epítomes* de la Academia, pondría: «Somos o semos, haya o haiga»". En otros muchos textos aquí recogidos se